

instintivamente á aquella orden incorrecta, pero demasiado natural para ser notada. El tiro salió, y los tres espectadores de la ventana lanzaron una exclamación simultánea, viendo bajarse el brazo de Gorka, dejando escapar la pistola de su mano, sin que el hombre cayese.

—No es nada—exclamó el médico.—Un brazo roto.

—Dios ha sido con nosotros mejor de lo que merecíamos—dijo el Marqués.

—He ahí en reposo á ese furioso. ¡Bien, Dorsenne,—dijo Florent que pensaba en su cuñado, y que añadió con alegría, apoyándose en Montfanón y en el médico, para volver al canapé:—Acabe usted pronto, doctor. Se va á tener necesidad de usted en seguida abajo.



III

ALBA LUMINOSA.

El cirujano había diagnosticado bien. La bala de Dorsenne había herido á Gorka por encima del puño. Dos centímetros más á derecha ó izquierda, y sin duda Boleslas hubiera muerto del golpe. Tenía una fractura del antebrazo que iba á obligarle á permanecer algunos días en su cuarto, condenándole después, durante algunas semanas al fastidio de un aparato. Esta benigna solución era la que aquel hombre, apasionado hasta el furor, debía aborrecer más. Cuando se le llevó á su casa, y su médico, llamado á toda prisa, le hizo una cura definitiva, prescribiéndole para las primeras horas de la fiebre el lecho y el reposo, sintió una nueva crisis de rabia impotente, más fuerte que las de la víspera y la mañana. Todas las partes más sensibles de su alma, las más altas, y las más mezquinas, sangraban á la vez, haciéndole sufrir además de su brazo. Estaba herido en su amor propio, en aquella necesidad casi enfermiza, y por otra parte justificada, de figurar á la vista de los que le conocían.

como un personaje extraordinario. Había venido de Varsovia, atravesando la Europa como un vengador de su amor traicionado, y no pudo encontrar á su rival. En lugar de provocarle en el salón de la villa Steno, había esperado, y otro tuvo tiempo para substituir á aquel á quien quería castigar. Apenas si Boleslas había tocado á aquel otro, cuya muerte al menos hubiera dado un trágico éxito á aquella absurda aventura. Había querido, azotando el rostro de Dorsenne, castigar á un traidor, que consideraba había abusado de la más sagrada de las confianzas, y no había conseguido más que dar á aquel falso amigo una ocasión para humillarle atrozmente, sin contar con que le había puesto en la imposibilidad de batirse de nuevo en muchos días. Ninguna de las personas que le habían ultrajado sería castigada antes de largo tiempo, ni su cobarde rival, ni su pérfida querida, ni aquel monstruo de Lidia Maitland, cuya infamia acababa de descubrir. Estaban felices, triunfantes, en aquel hermoso día de mayo, mientras él gemía en el lecho del dolor. Esto es lo que le probaron claramente aquella tarde sus dos testigos, únicas personas con quienes no rezaba la orden de no recibir, y que fueron á verlo á eso de las cinco. Llegaban de las carreras de Tor di Quinto, que se habían celebrado aquel día.

—Todo va bien—comenzó Cibo;—respondo de que nadie ha hablado. Ya te he dicho que estaba seguro del posadero, y hemos pagado á los testigos y cocheros.

—¿Estaban en las carreras la señora Steno y su hija?—preguntó Boleslas.

—Sí, respondió el romano, al que lo brusco de la

pregunta sorprendió demasiado, para que su diplomacia habitual esquivase la respuesta.

—¿Y con quién?—preguntó de nuevo el herido.

—Solos—respondió Cibo, con un apresuramiento en el que Boleslas vió clara intención de engañarle.

—¿Y la señora de Maitland?

—También estaba con su marido—dijo Pietrapertosa, sin comprender las miradas de Cibo,—y todo Roma además.—Después, preocupado únicamente de la gran noticia del día, añadió: ¿sabes que ya es oficial el matrimonio de Ardea y de la hija de Hafner? Los tres estaban allí... ¡y tan contentos!... El Cardenal Guerillot bautizará á la bella Fanny.

—¿Y Dorsenne?—preguntó aún el herido.

—Se paseaba con actitud más estudiada que nunca—respondió Cibo.—Te voy á contar la asombrosa respuesta que ha osado darnos. Le hemos preguntado, cómo, él, tan nervioso, había podido apuntarte tan bien como lo ha hecho, sin temblar. Pues no temblaba. Y adivina lo que ha respondido. Que se había acordado de un consejo de su maestro Stendhal: recitar de memoria cuarto versos latinos antes de disparar.

—¿Y se puede saber cuáles ha escogido usted?—le he preguntado.

—¿Por qué no?—ha dicho,—y ha declamado: Tityre, tu patulae recubans...

—Ahora—interrumpió Pietrapertosa—es la ocasión de recordar la frase de Casal, cuando aquel "snob" de Figón nos alababa en el Círculo su barniz fabricado conforme á una receta del ayuda de cámara

del Príncipe de Gales: "Si ese joven no se burla... le compadezco..."

Aunque los dos compadres en manía parisién se hubiesen citado el uno al otro un ciento de veces aquella media burla, riéronse á carcajadas, cosa que acabó de enervar al herido. Pretextó necesidad de descansar para despedir á aquellos dos bravos mozos, de cuya simpatía estaba seguro, pero que le causaban mucho daño, evocando las siluetas irónicamente gozosas de todos sus enemigos. Cuando se sufre de cierto modo, las conversaciones, como las que cambiaban inocentemente los dos imitadores de Casal, son intolerables. Se quiere estar solo para alimentarse, al menos en paz, de este amargo alimento del rencor exasperado é ineficaz contra las personas y la suerte, del que tan lleno estaba el corazón de Gorka. La presencia de su antigua querida en las carreras y en aquella tarde, era lo que más le ulceraba su herida. Ella era la causa de que él se hubiera batido, y el mismo día iba á exhibirse, á sonreír, á coquetear, como si dos años de pasión no hubiesen mezclado su existencia, como si no fuera para ella más que un conocido, un invitado á alguna de sus comidas y tertulias.

Sabía Boleslas sus costumbres y la avidez con que saboreaba la presencia del ser amado. Sin duda había citado á Maitland en las carreras, como otras veces le había citado á él mismo, y el mismo pintor estaba allí, cuando tenía á un herido á quien cuidar, á aquel valiente y noble cuñado, al que había dejado batirse en su lugar. ¡Este americano egoísta y brutal, era realmente digno amante de aquella vil criatura! La imagen de la dichosa pareja torturaba al herido con

los más amargos celos, esos en los que se mezcla la repugnancia, y por contraste pensaba en su propia mujer, en la altiva y tierna Maud, á la que había perdido como á Catalina Steno. Veíase en otras enfermedades, con aquella santa enfermera al pie de su lecho. Veía los sinceros ojos con los que aquella esposa engañada le miraba; los movimientos de sus leales manos, que no cedían á nadie el cuidado de servirle. Hoy le había dejado partir para un combate que pudo ser mortal, sin despedirse de él. Había regresado. Ella no se había informado de su herida. El médico le había curado sin que ella acudiese, y nada sabía de ella sino lo que su hijo le había contado; pues le llamó le dijo que la rotura de su brazo fué efecto de una caída, como había convenido con sus amigos, y Luc le respondió:

—¿Entonces, cuándo podrás reunirte con nosotros? Mamá ha dicho que partimos para Inglaterra esta noche ó mañana. Todos los baúles están ya casi arreglados.

¿Aquella noche ó mañana? Así, pues, Maud ejecutaba su amenaza. Se iba para siempre y sin más explicaciones. No podría defender su causa una vez más junto á aquella mujer que no respondería á su nuevo llamamiento, pues que había encontrado en su orgullo herido, la fuerza de mantener su rigor cuando él corría un peligro de muerte. Ante esta evidencia de semejante derrumbamiento de todo en torno suyo, Boleslas sintió uno de esos accesos de abatimiento profundos, absolutos, irremediables, en los que no se desea más que dormirse para siempre. Se preguntaba indefinidamente:—Sin embargo, ¿si yo ensayase un pa-

so último?—y se respondía:—¡Ella no querrá!— Cuando su ayuda de cámara entró á decirle que la Condesa quería hablarle, la demencia de sus ideas era tal, que por un momento se imaginó que se trataba de la Condesa Steno, y quedó casi espantado al ver á su mujer. Ciertamente, las emociones experimentadas en aquellos días y entre aquel tumulto de sucesos, habían sido extraordinarias; pero no la había sentido más violenta, ni aun la pistola levantada de Dorsenne, como al ver aproximarse á su lecho á aquella imagen de su vivo remordimiento.

El rostro de Maud, aquel joven y fresco rostro, donde de ordinario se reflejaba la belleza de una sangre renovada sin cesar por la costumbre inglesa del aire y del ejercicio cotidiano, mostraba huellas de llanto, de dolor y de insomnio. La palidez de sus mejillas, la sequedad de sus labios, el amargo pliegue de los mismos, la fiebre de sus pupilas, referían más elocuentemente que las palabras la terrible sacudida de que había sido víctima su tan bien equilibrado ser. Aquellas veinticuatro horas habían producido en ella los mismos efectos que una de esas enfermedades largas en las que parece que la esencia misma del organismo se altera. Era otra persona. La rapidez de una metamorfosis tan trágica, hizo olvidar á Boleslas sus propias angustias. No sentía más que un inmenso pesar que se transformó en espanto cuando aquella mujer, tan visiblemente aniquilada por la pena, se hubo senaado, y él encontró en sus ojos la mirada implacablemente fría, al través de la fiebre, y ante la cual él había retrocedido la víspera. Sin embargo, estaba allí, y aquella presencia inesperada fué para el joven,

aun en condiciones tan siniestras, una infinita dulzura, y la dijo con la gracia medio infantil que sabía tener cuando quería agradar:

—Ha comprendido usted que sería demasiado cruel marcharse sin haberme vuelto á ver. Yo no osaba pe-



dírsele á usted, y sin embargo, es la única alegría que podía recibir. Le doy á usted las gracias por habermela proporcionado.

—No me lo agradezca usted —respondió Maud, moviendo la cabeza.—No es por usted por lo que vengo. Es por deber. Déjeme usted hablar —insistió, deteniéndose con un ademán la réplica del herido.—Me responderá usted en seguida. Si no se tratase más que de usted ó de mí, lo repito, no hubiera venido. Pero como le he dicho á usted ayer, tenemos un hijo.

—¡Ah!—exclamó dolorosamente Boleslas.—Ha venido usted para causarme aún más daño. Debía usted, no obstante, pensar en que yo no me encontraba en estado de discutir con usted sobre este asunto tan

cruel. Creo haberla á usted dicho que yo no desconocería los derechos de usted, á condición de que usted no desconociera los míos.

—No es de mis derechos ni de los de usted de lo que quiero hablar —interrumpió Maud.—Es de los suyos. Cuando ayer le dije á usted, sufría demasiado para no sentir otra cosa que mi propia pena. Entonces, en aquella agonía moral, recordé la frase que repetía mi padre: “Cuando se sufre, es preciso mirar el dolor frente á frente, y siempre se saca una provechosa enseñanza.” Mi debilidad me ha avergonzado, y he mirado frente á frente este dolor. Esto me ha servido, en primer lugar, para aceptarle como un justo castigo de haber querido casarme contra los consejos y las ideas de aquel pobre padre.

—¡Ah!... No reniegue usted de nuestro pasado— exclamó el joven,—ese pasado tan querido para mí, á pesar de todo.

—No, no reniego de él—respondió Maud,—pues refiriéndome á mis impresiones de entonces, es como he podido encontrar, no una excusa, pero sí una explicación á la conducta de usted. He recordado lo que usted me ha contado de las desdichas de su infancia y de su juventud, y cómo ha crecido usted entre su padre y su madre, pasando seis meses junto al uno y otros seis junto á la otra, no queriendo, no pudiendo juzgar ni al uno ni al otro, obligado á ocultar al uno los sentimientos que el otro le inspiraba á usted. He comprendido por primera vez que esta separación de sus padres, ha falseado el carácter de usted. He leído la historia de Luc en la de usted. Escuche usted, Bolestras. Le hablo como hablaría ante Dios. Mi primer

sentimiento, cuando esta idea se ha presentado á mi espíritu, no ha sido volver á vivir al lado de usted. Esta vida me sería muy cruel. No; he dicho: “Mi hijo será para mí sola. No sentirá más influencia que la mía.” Así pensaba esta mañana cuando le he visto á usted partir. ¡Partir!... ¡Hacerme esto aún...! ¡sacrificarme una vez más! Si hubiera usted estado verdaderamente arrepentido, ¿me hubiera usted inferido esta última afrenta? Y después, cuando ha regresado usted herido en un brazo, he querido anunciar yo misma al niño que estaba usted enfermo. He visto cuánto le ama á usted, he comprendido el lugar que usted ocupa ya en su corazón, y he comprendido también que si la ley me lo daba, como yo sé que me lo daría, su infancia sería parecida á la de usted, su juventud á la juventud de usted. Y entonces—continuó Maud, con un acento en el que la emoción palpitaba al través del orgullo,—puesto que usted habla de derecho, no me ha reconocido el de tocar á esto, á ese respeto tan tierno, á ese culto que tiene por usted, y he venido á decirle: “Usted me ha causado mucho mal. Usted ha matado en mí algo que jamás volverá á nacer. Siento que llevaré durante muchos años un peso sobre el espíritu y sobre el corazón, á la idea de la traición de que he sido víctima. Mas comprendo también que esta separación, á la que yo estaba resuelta, es muy peligrosa para nuestro hijo. Y siento que encontraré, en la certeza de que le evito un peligro moral, la fuerza necesaria para continuar la existencia común, y la continuaré.” Pero la naturaleza humana es la naturaleza humana, y yo no puedo tener esta fuerza más que con una condición.

—¿Cuál—dijo Boleslas.

El discurso de Maud—pues había sido un discurso reflexionado y en el que cada frase debía de haber sido pensada por aquella escrupulosa conciencia—contrastaba por su lucidez razonada con el estado de exaltación nerviosa en que él vivía desde algunos días. Le apenó más que si le hubiera dirigido reproches. Algunas de aquellas frases, por ejemplo, la que se refería á su carácter falseado, le había herido como nos hieren las verdades que no nos confesamos, aunque las sintamos en el sitio más sensible de nuestro amor propio; al mismo tiempo había sido conmovido por el recuerdo evocado de la ternura de su hijo, y comprendía que si no se reconciliaba con Maud en aquel momento, no se reconciliaría nunca.—Había un poco de todo esto en las palabras que añadió:—Sí.—¿Cuál? Aunque me ha hablado usted muy duramente, y ha podido decirme lo mismo en otros términos, aunque, sobre todo, me sea muy amargo que condene usted mi carácter, yo la amo á usted, amo á mi hijo y acepto desde luego sus condiciones. La estimo á usted lo bastante para dudar que no sean conciliables con mi dignidad. En cuanto al duelo de esta mañana—añadió,—sabe usted que ya era demasiado tarde para retroceder sin quedar deshonrado.

—Querría, ante todo, tener su promesa—respondió Maud, que pareció no hacer caso de esas últimas palabras—de que durante todo el tiempo que permanezca usted en su cuarto, su puerta será cerrada como la mía. Yo no soportaré ni á esa criatura ni á nadie que me hable ó le hable á usted de ella.

—Se lo prometo á usted—dijo el joven, que sintió una oleada de calor en el alma, ante esta primera prueba de que los celos de la amante estaban vivos aún bajo el rencor de la esposa, y añadió sonriendo:—Eso no será un gran sacrificio... ¿Y después?

—¿Después? Tan pronto como el médico lo permita, partiremos para mi país. Dejaremos orden de que



se desocupe la casa durante nuestra ausencia. El invierno próximo nos estableceremos donde usted quiera; pero jamás en esta casa ni en esta ciudad.

—También lo prometo—dijo Boleslas,—y tampoco será esto un sacrificio. ¿Y después?

—¿Después?—dijo ella en voz baja, como si tuviera vergüenza de sí misma.—Jamás la escribirá usted, jamás intentará usted saber lo que ha sido de ella.

—Le doy á usted mi palabra—respondió Boleslas, que la cogió la mano insistiendo;—¿y después?

—No hay más—dijo ella, retirando dulcemente su

mano.—Y comenzó á realizar su promesa de perdón, pues colocó bajo la cabeza del herido un almohadón que estaba desarreglado, mientras él decía:

—Sí, mi noble Maud, hay más. Hay que yo te probaré cuánta verdad te decía ayer, asegurándote que, á pesar de mis faltas, te he amado. La madre vuelve hoy. Pero yo quiero á mi mujer; á mi querida mujer, y la encontraré.

No respondió Maud. Había sentido al mirarle, cuando pronunciaba estas palabras con una fisonomía transfigurada, una emoción que no debía abandonarla. Había adquirido, bajo el golpe de su gran dolor, una intuición demasiado profunda del carácter de su marido, y aquella flexibilidad eslava que le encantaba en otra época inquietándola, iba en lo sucesivo á causarle horror. Aquel hombre de conciencia movible y complaciente, se había ya perdonado á sí mismo. Le había bastado concebir el proyecto de una reparación de largos años, para estimarse como si realmente bastase esto para aquella tarea difícil. Por lo menos, durante los ocho días que mediaron desde esta conversación hasta su partida, cumplió estrictamente la palabra que había dado á su mujer. En vano Cibo, Pietrapertosa, Hafner y Ardea intentaron llegar hasta él, y cuando arrancó el tren que les llevaba hacia Florencia y el Norte, preguntó á su mujer, con un orgullo justificado aquella vez por los hechos:

—¿Estás contenta de mí?

—Estoy contenta de que hayamos salido de Roma.—dijo ella evasivamente, y era dos veces verdad: primero, porque no se hacía ilusiones sobre la energía moral de que tan orgulloso se mostraba Boleslas,

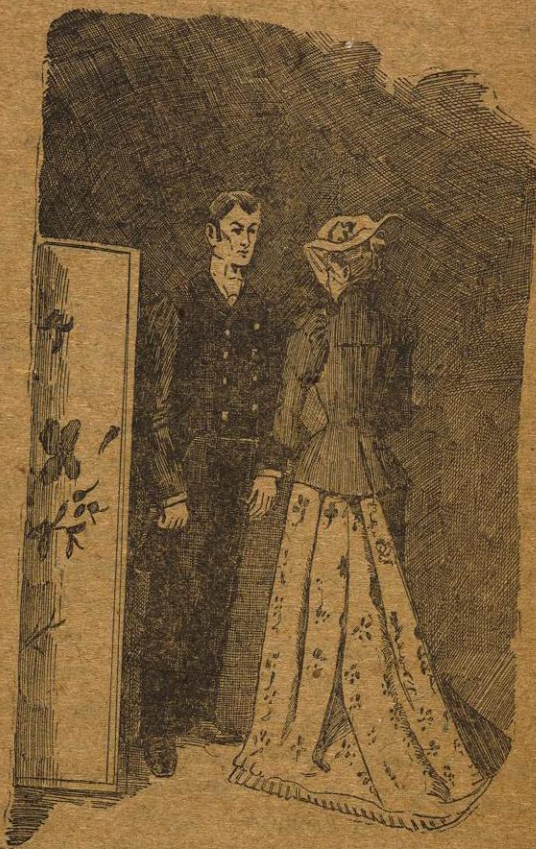
sabiendo que aquella voluntad voluble estaba á merced de la primera sensación; después, y esto no se lo confesaba á su marido, porque el dolor de una amistad rota se añadía al de la esposa engañada. El repentino descubrimiento de las infamias de la madre de Alba no había matado en ella el profundo afecto que la hija la inspiraba, y durante toda aquella semana, ocupada en los preparativos de una marcha definitiva, no había cesado de sentir el peso de esta inquietud: ¿Qué pensará de mi silencio? ¿Qué le ha dicho su madre? ¿Qué ha comprendido? No había salido ni una vez de su casa sin preguntarse: ¡Si la encontraré! No había recibido una sola vez el correo sin temblar á la idea de ver sobre un sobre la letra de Alba, aquella irregular y nerviosa letra donde se adivinaba el desequilibrio de la extraña niña. ¡Había Maud querido tanto á la “pobre pequeña de su alma,” como la llamaba usando un lindo término inglés! Había sentido por ella esa amistad particular de las mujeres casadas jóvenes por las solteras, sentimiento fuerte y delicado, parecido, por su matiz de ternura, al de una hermana mayor por una hermana más joven, y en el que hay un poco de inocente protección y un poco también de romántica y graciosa melancolía. La amiga de más edad, es severa y gruñona; trata de contener, envidiándolos, los excesivos entusiasmos de la amiga más joven. Recibe y provoca las confidencias con la gravedad de una consejera cuya experiencia tiene tanta necesidad de ser, á su vez, aconsejada. La amiga más joven es curiosa y admiradora, y se muestra en toda la verdad de ese gracioso despertar de las ideas y de las emociones que acompaña á los últimos años antes

del matrimonio. Y cuando, como sucedía á Alba, existe cierto desacuerdo de alma entre la amiga más joven y su madre, la ternura por la hermana de elección llega á ser tan profunda, que no puede ser rota sin un inmenso dolor de una y de otra parte. Por esto, y mientras se alejaba de Roma, la fiel y noble Maud experimentaba á la vez una especie de libertad y una pena; lo primero, porque no estaba ya expuesta á una explicación con Alba; lo segundo, por serle muy amargo pensar que jamás podría justificarse con ella ni ayudarla á vencer las dificultades de su vida, ni amarla, en fin, abiertamente, como la amaba en secreto. Y se decía, viendo desaparecer la ciudad á lo lejos:

—¡Que me juzgue mal, pero que no adivine nada! ¿Quién la impedirá ahora entregarse á su sentimiento por ese peligroso y pérfido Dorsenne? ¿Quién la consolará cuando esté triste? ¿Quién la defenderá contra su madre? Tal vez he obrado mal al escribir á esa mujer la carta que le he enviado ante su hija! ¡Ah, pobre pequeña del alma!... ¡Que Dios te guarde!

Volvióse hacia su hijo, cuyos cabellos acarició como para arrojar por la evidencia del deber presente, aquella nostalgia que acababa de sentir á la idea de un afecto sacrificado para siempre. Era una naturaleza demasiado habituada á la virtud británica del "self-control," para complacerse en prolongar emociones inútiles. Y, sin embargo, aún hoy, después de pasados muchos meses sobre el siniestro suceso que siguió á aquella partida, no puede evitar un estremecimiento cuando recuerda la adivinación que tuvo en

aquel rincón silencioso del vagón de una catástrofe suspendida sobre la inocente Alba. Las dos personas en las que había puesto su amistad, ahora impoten-



te, eran, por diversas razones, los dos fatales instrumentos de la suerte de su amiga, y el oscuro remordimiento que Maud sentía por el terrible billete enviado á la señora Steno ante la joven, era también